

# Fiona Mozley

## SOHO

Traducido del inglés por Eduardo Hojman

Título original: *Hot Stew*

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2021 por John Murray Editores, un sello editorial de Hachette UK.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Fiona Mozley 2021

El derecho de Fiona Mozley a ser identificada como la autora de la obra ha sido confirmado por ella de acuerdo con la Ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988.

Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Eduardo Hojman, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1362-636-9

Depósito legal: M. 27.772-2021

Printed in Spain

*Para mi hermana, Olivia*



Solsticio de verano



## Caracol común

---

En la esquina hay un viejo restaurante francés con manteles a cuadros rojos y blancos. El Des Sables lleva décadas en ese sitio y en ese período ha cambiado muy poco. Sirve los mismos platos, con ingredientes suministrados por los mismos proveedores, así como vinos de los mismos viñedos. Las botellas están guardadas en los mismos estantes y cuando las sacan y les quitan el polvo, vierten el sedoso caldo en los mismos juegos de copas, o en otros de un estilo similar, adquiridos esporádicamente para reemplazar los que se han roto. Los platos son los mismos: pequeños, redondos, de porcelana.

Cuando hace buen tiempo, colocan mesas fuera. Entre la calzada y la pared exterior del establecimiento hay un espacio donde las mesas están dispuestas apretadamente, con dos sillas encajadas debajo de ellas. Una de las mesas se mueve. En el transcurso de los años han plegado y han colocado debajo de la pata culpable miles de servilletas, cientos de clientes se han quejado y se han pasado a las mesas alternativas y miles más han soportado el inconveniente en silencio. El vino de las

copas se les ha derramado, ellos han refunfuñado y han considerado la posibilidad de pedir un cambio de lugar, pero, finalmente, han optado por no hacerlo.

En ese restaurante sirven caracoles. En ese restaurante sirven caracoles desde el día que se inauguró. Cientos, miles, hasta millones de esos moluscos. Los tiran en agua hirviendo, sacan los cadáveres y los sirven con mantequilla de ajo. Las bolitas gomosas se cogen con tenedores o con los dedos y los espiralados caparazones se desechan.

Es un día de pleno verano, a la hora de la comida. Han sacado una caja de caracoles de la nevera y la han puesto a un costado, con su contenido listo para que lo sumerjan y lo escalden. La han dejado sola, sin vigilancia, mientras los chefs trajinan por la cocina con cuchillos afilados, ollas y sartenes, manojos de perejil y tallos de apio. Uno de los caracoles, más bien pequeño, se despierta de su frío sueño y trepa por el borde de la caja, desciende por el otro lado y llega a la encimera de acero inoxidable. Lentamente, baja hasta el suelo y luego se desliza hacia el fondo de la cocina, donde hay una puerta que da a la calle. Después de alrededor de veinte minutos, el caracolillo se encuentra en el callejón que está detrás del restaurante y se da un banquete con las hojas exteriores desechadas de una col rizada. Una vez saciado, continúa su viaje. Comienza a ascender por la pared, flexionándose y estirándose.

El edificio se encuentra en el Soho, en el centro de Londres. Los cimientos se instalaron en el siglo XVII,

durante el interregno, en el espacio entre un padre y un hijo, en el signo & entre El rey ha muerto & Larga vida al rey. Ladrillos y yeso como revestimiento de una armazón de madera que ahora está torcida. Hay agujeros de carcoma en la madera y huellas de caracoles en los ladrillos.

El distrito fue una vez un barrio residencial. Londres estaba rodeada por una muralla y al norte se extendía un páramo. Había ciervos, jabalíes, liebres. El noroeste de Londres; el nordeste de Westminster. Hombres y mujeres salían al galope de ambas ciudades para cazar y bautizaron ese sitio con sus gritos: ¡So! ¡Ho! ¡So! ¡Ho!

Llegó la piedra. El ladrillo y el mortero reemplazaron a los árboles; la gente reemplazó a los ciervos; una pegajosa suciedad gris reemplazó a la pegajosa tierra marrón. Los senderos trazados por el paso de los animales se perpetuaron en piedra, se ensancharon, se flanquearon con murallas y puertas. Se erigieron mansiones para la alta sociedad. Había bailes, juego, sexo. Se tocaba música y se representaban obras. Se cerraban tratos, se tramaban sediciones, se planeaban traiciones, se guardaban secretos.

Llegó gente nueva. Vinieron emigrados de Francia, escapando de la revolución, la guillotina, la guerra. Las mansiones se dividieron y se subdividieron. Los salones se convirtieron en talleres; las recepciones, en cafeterías. Familias enteras vivían en una sola habitación y las enfermedades se propagaban. La sífilis creaba llagas en la piel y delirios en la mente. El cólera se

ocultaba en el agua, se arrastraba por las alcantarillas, salía por las bombas y entraba en las gargantas humanas.

Se escribían libros, se destruían, volvían a escribirse. Karl Marx soñaba con la utopía mientras su esposa le preparaba la cena y fregaba el suelo. Sus amigos se encontraban en Great Windmill Street, la Gran Calle del Molino, donde en otra época el medio de producción había sido el viento.

Cuando lanzaron bombas sobre Londres, unas cuantas cayeron en el Soho. En las casas de estilo georgiano aparecieron lesiones oscuras y la gente se refugió bajo tierra.

Después de la guerra llegó el hormigón y las paralelas y los ángulos precisos que conectaban la tierra con el cielo. Se reconstruyeron casas, se reconstruyeron tiendas y se instalaron adoquines nuevos. Enterraron a los muertos. Enterraron el pasado. Aparecieron nuevas clases de hombres y nuevas clases de mujeres. Surgió el arte y la música y las minifaldas y los cortes de pelo elegantes que hacían juego con el perfil de los edificios. Se rodaron películas; se grabaron discos. El Soho se llenó de aparatos de sonido y visión. De corrientes eléctricas que surcaban cables e imanes y alambres de cobre y transmitían la atmósfera rítmica a salas oscuras donde la gente bailaba estilos nuevos, bebía y fumaba e ingería drogas nuevas importadas de viejos parajes. Y se volvía a hablar de revolución.

Y hablaron hasta que cambió el viento. Se impusieron el comercio, el sentido común y la decencia co-

mún, y los hombres y las mujeres aprovecharon todas las oportunidades. Se trazaron nuevas carreteras; se construyeron nuevos edificios de oficinas. Y se instalaron pisos de lujo en barrios bajos y derruidos, como resplandecientes dientes falsos en encías infectadas.

En la parte superior del edificio, cuya planta baja está ocupada por el restaurante, hay un jardín secreto. Lo sembraron las dos mujeres que comparten la buhardilla, donde los techos están inclinados y los tragaluces sobresalen. Al otro lado de las ventanas hay una cornisa en el punto donde el tejado se conecta con la pared exterior. Las ventanas son lo bastante grandes como para salir por ellas y en esa cornisa se puede estar de pie. Esto lo ha descubierto la mujer que se llama Tabitha. Es fumadora intermitente y la otra mujer, Precious, no le permite fumar dentro. Tabitha encontró unos escalones a lo largo de la cornisa y notó que, subiendo por ese tramo, se llega a una terraza plana, protegida por los tejados inclinados adyacentes, pero lo bastante abierta como para recibir el sol del mediodía.

Precious y Tabitha han llenado ese ámbito de vida. Empezaron con una planta de chile barata que Precious compró en el supermercado. Los chiles crecieron mejor de lo que se esperaba y Precious trajo otras. Primero, las típicas hierbas genéricas de un huerto: perejil, romero, cebollinos. Después añadió una rosa y plantas ornamentales. Cuando el clima es bueno y Precious y Tabitha tienen tiempo libre, se sientan juntas fuera.

—¿Sabes lo que me parece realmente repugnante?

—¿Qué te parece realmente repugnante, Tabitha?

—Que hayas puesto conchas molidas de caracol en torno a las plantas para impedir que los caracoles se las coman.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Es raro. ¿Acaso no se usan las cáscaras de huevo para eso?

—Sí, pero a mí me dan las conchas que sobran de los caracoles en el restaurante de abajo. También me regalan conchas de mejillones, almejas y berberechos. Es lo que tengo a mano.

—Lo entiendo. Pero te estoy diciendo que no me gusta. Sería como si alguien construyera una valla para impedir que entre la gente y, en lugar de usar alambre o madera, utilizara huesos humanos. ¿Sabes lo que quiero decir?

—En realidad no.

Tabitha tiene un cigarrillo en una mano y un cigarrillo electrónico en la otra y sostiene ambos como si fueran copas de vino caro y ella estuviera degustándolas primero una y luego la otra. Le da una calada al cigarrillo real, retiene el humo entre las mejillas, hace un movimiento de remolino con los labios fruncidos y exhala; a continuación, repite el mismo proceso con el cigarrillo electrónico. Frunce el ceño y hace un mohín, profundamente concentrada.

—No es lo mismo —afirma.

—Jamás lo será. La cuestión no es si puedes o no notar la diferencia, sino si crees que podrás sustituir uno por otro.

—Bueno, pues no. La respuesta es que no.

—¡Por el amor de dios! ¿No podrías intentarlo, al menos?

—¡Ya lo he hecho!

—Durante más tiempo que, digamos, cinco segundos.

—No me gusta cómo se siente en la boca. Se siente artificial. Como el detergente.

—Porque los otros son cien por ciento naturales, carcinógenos orgánicos.

—Es tabaco de verdad, al menos. Extraído de una planta.

—Dámelos. —Precious coge el paquete de cigarrillos de la mesa que está al lado de la mujer mayor. Examina las lúgubres advertencias y las estremeedoras imágenes impresas a un lado del cartón, echa hacia atrás el brazo que utiliza para arrojar cosas y lanza los cigarrillos por el borde del tejado. La cajita traza un elegante arco sobre un costado del edificio y desaparece de la vista.

Tabitha, incrédula, abre mucho los ojos.

—Así podrías lastimar seriamente a alguien.

—Estaba casi vacía. Lo máximo que podría pasar es que alguien se corte con el papel.

—Esos cortes duelen —señala Tabitha. Vuelve su atención al cigarrillo encendido que todavía conserva en la mano y le da una calada larga, ostentosa. Le lanza el humo a su amiga—. ¿Y a ti qué más te da? El hecho de que yo fume.

—Bueno, que no quiero que te mueras.

—¿Me echarías de menos?

—Los funerales son caros.

—Tira mi cadáver al río.

—Eso espantaría a los turistas. Esos que hacen excursiones por el Támesis y que de pronto se encontrarían con tu fea cara flotando en la parte poco profunda del agua.

—He aquí una solución sencilla: lléname de ladrillos.

—Sería más fácil si dejaras de fumar.

—Puede que para ti.

—Bueno, al menos no lo hagas al lado de mi rosa. Ella no desea recibir el humo de tu tubo de escape.

—Oh, por el amor de dios. Está prohibido fumar dentro. Está prohibido fumar fuera. ¿Acaso nos encontramos bajo un régimen totalitario?

Suena un teléfono. Es una línea fija, pero con un dispositivo inalámbrico que Tabitha ha sacado fuera. Ella deja a un lado el cigarrillo electrónico, levanta el teléfono y sigue fumando el cigarrillo real mientras habla. Dice «sí» y «ajá» un par de veces y asiente como si la persona con la que habla pudiera verle el gesto.

Cuelga y deja el aparato al costado.

—Un cliente —se limita a decir.

Precious se ha inclinado sobre la maceta y está arrancando hierbajos. Se endereza y se quita los guantes de jardinería. Hunde la pala de mano en la tierra y arroja los guantes sucios sobre una de las sillas plegables. Pasa una pierna por un lado del edificio y, afe-

rrándose a la barandilla, desciende por la escalerilla desde la que puede entrar al apartamento por la ventana abierta.

Abajo, en la acera, una mujer y un hombre están sentados a la mesa que se tambalea. Como ya se han sentado allí en otras ocasiones, la mujer ha colocado una servilleta de papel debajo de la pata culpable. El mueble ahora está inmóvil, pero el mantel a cuadros se agita con la brisa. Hay una botella de burdeos tinto, dos copas, un platillo de aceitunas verdes y otro para tirar los huesos.

—Es una broma, ¿verdad? —dice la mujer. Se llama Agatha Howard. Tiene alrededor de veinticinco años y se viste con elegancia pero con el estilo de una mujer mayor que ella, una política o una ejecutiva. Lleva un traje pantalón de lino, cuya chaqueta se ha quitado y ha doblado en el respaldo de la silla, y una blusa blanca abotonada al cuello. Tiene joyas en la muñeca y colgando de cada uno de los lóbulos de las orejas, pero estas últimas —rubíes engastados en oro— la envejecen. Sostiene una pequeña fotografía entre el pulgar y el índice. En la fotografía se ve un trozo de tela. Esa tela tal vez haya sido un pañuelo alguna vez, pero ahora está vieja, sin forma, con los bordes deshilachados. Es mayormente gris, pero en una esquina hay una mancha marrón oscuro.

—No bromeo —responde el hombre. Es un anticuario.

—Páseme el certificado de autenticidad.

El hombre le tiende a la mujer un certificado de autenticidad relacionado con el trozo de tela. Está mecanografiado en un papel timbrado y firmado. Agatha lo lee hasta el final, frunce el ceño y examina de cerca la firma.

—No he oído hablar de este historiador —dice.

—Es de Durham. Es joven, pero muy reputado.

—Si fuera muy reputado, yo habría oído hablar de él.

Agatha lee otra vez el certificado y luego vuelve a examinar la fotografía del trapo. Se supone que lo han mojado con sangre encontrada al pie de la guillotina y luego lo han conservado como un recuerdo del régimen moribundo.

—Yo estaría dispuesta a pagar una suma de dinero como esta por una reliquia de los Borbones, no por la de un miembro menor de la nobleza.

—No es un miembro menor. Es un descendiente de los reyes valones por vía materna.

Agatha reflexiona. Observa la fotografía otra vez y luego al hombre. Se acomoda en la silla y contempla la calle; a continuación, levanta la mirada y la dirige hacia unas cestas colgantes con geranios rojos. Dentro de una de ellas hay un paquete de cigarrillos que alguien ha desechado. La caja está en medio del follaje verde oscuro y uno de los cigarrillos ha quedado atrapado entre la tierra y el alambre metálico de la cesta.

Hoy en día, la gente no tiene respeto por nada.

Vuelve a mirar al hombre.

—No —dice.

—¿Qué?

—He dicho que no.

—¿Le gustaría venir a ver el original?

—No me interesa.

Él ya ha hecho tratos antes con ella, de modo que sabe que habla en serio.

—Bien —responde él—. Quédese con la foto, por si cambia de idea. —No parece ni ofendido ni decepcionado. No debería estarlo; Agatha ha invertido enormes cantidades de dinero en su negocio.

—Debo irme —le dice ella.

—¿No se queda a comer?

—No puedo, pero usted debería hacerlo. Este establecimiento no seguirá aquí mucho tiempo. Voy a renovar la mayor parte de esta calle. Los restaurantes como este son pintorescos, pero nada redituables.

El hombre la observa como lo haría un maestro desilusionado con un alumno descarriado. Le pregunta qué debería pedir.

—Los caracoles son excelentes.

Ella se levanta, golpeándose contra la mesa temblorosa. Se despide y se dirige hacia el final de la calle donde su chófer la espera en un Rolls Royce azul.

En la parte de la acera que está justo delante del restaurante francés hay una rejilla y a lo largo de la rejilla hay una compuerta. Debajo de la compuerta, que se abre y se cierra con bisagras oxidadas, hay un sótano oscuro y en el interior de ese sótano oscuro

hay un número de personas. Dos de esas personas salen por la compuerta y se persiguen corriendo por la calle. Van de camino a un viejo pub, el Aphra Behn.